

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



Claudina se arrojó á los piés del anciano vertiendo copioso llanto. (Pág. 147, col. 2).

SUMARIO.

ESTEBAN Y CLAUDINA, por M. A. de Santeul.
EL SECRETO DE POLICHINELA, por M. Adriano Robert.
VIAJES: DIARIO DE UNA INSTITUTORA EN RUSIA, por la señorita Maria Néville.
LA CIENCIA PARA TODOS.

ESTEBAN Y CLAUDINA.

NOVELA.

POR M. A. DE SANTEUL.

I.

Nuestro sencillo relato se remonta al año 1834. Era un sábado; un niño de seis años, á quien llamaremos Estéban, volvía de la escuela orgulloso y alegre, llevando sobre su pecho la cruz de su clase y en la mano una imágen adornada de encaje y dorados, premio de sus adelantos en el catecismo. ¡Con qué gozo esperaba contar circunstanciadamente este doble triunfo á su padre y sobre todo á su hermana Claudina! El pobre niño había causado al nacer la muerte á su madre, y su hermana le había cuidado constantemente desde que salió del regazo de su nodriza. ¿Quién no

ha admirado muchas veces la precoz madurez de las jóvenes del pueblo para la noble misión de la maternidad? Como si no tuvieran necesidad ellas mismas de ser protegidas, luego que se presenta un deber que cumplir, dejan de pronto de ser niñas cuando sus hermanos menores necesitan sus cuidados.

Así había obrado Claudina con su hermanito; cuando Estéban llegó á la edad de dos años, pasó de los brazos de su nodriza á los de su hermana, y ella sola había velado por él desde entonces con una solicitud incesante, y el niño no advirtió que Dios le hubiera arrebatado á su madre.

Estéban profesaba á su padre un temor respetuoso, y le obedecía con absoluta sumisión, pero todo su amor pertenecía á su hermana. ¡Qué venturoso iba á ser pues al abrazar á su hermana querida, al enseñarle la cruz de plata clavada sobre su blusa y al regalarle la hermosa imágen para que la colocase en su libro de devociones!

El padre de Estéban era carpintero y su tienda estaba en la calle de San Gilles, en el Marais. Claudina tenía la costumbre de esperar en la puerta de la tienda á la hora en que volvía su hermano de la escuela para abrazarle algunos minutos antes. Pero aquel día no estaba y Estéban se entristeció en un principio, pero no dejó por eso de entrar con aire de triunfo en el taller, gozando de antemano la sorpresa que iba á causar.

Humberto trabajaba con uno de sus oficiales; y en el momento que vió al niño dejó sobre el banco el instrumento de que se servía, tomó de la mano á su hijo, le llevó á su cuarto del primer piso y cerró con sigilo la puerta. El niño, que temblaba sin saber por qué, á pesar de su deseo, no se atrevía á tomar la palabra para anunciar á su padre los importantes triunfos de que un momento antes se enorgullecía, de modo que enseñó silenciosamente su imágen y señaló con la mano su cruz de plata.

—¡Bien! ¡bien! dijo Humberto; has ganado la cruz y una imágen por el catecismo. Estoy contento de tí, Estéban, muy contento; trabajas y llegarás á ser un grande hombre.

Y añadió despues sin ninguna transición y con tono inquieto aunque al mismo tiempo tan imperativo que no admitía la menor réplica:

—Estéban, ya no verás mas á tu hermana Claudina: ha muerto para tí y para mí. Si alguno te pregunta dónde está, dí que no lo sabes, y que tampoco me lo pregunten á mí. Ya te explicaré el motivo mas adelante, cuando tengas suficiente edad para entenderme; pero entretanto no me hables nunca de ella, ¿lo oyes? nunca.

Dijo Humberto, besó á su hijo en la frente dándole una moneda de diez sueldos en recompensa, y volvió á la tienda á continuar su trabajo.

Tan extraño discurso llenó á Estéban de mudo estupor, y al momento que se vió solo prorumpió en amargo llanto. Vivir sin Claudina le parecía imposible, y sin embargo demasiado cierto era que no debía volver á verla mas. ¿Acaso no le habia dicho su padre: «Ha muerto para tí y para mí?» Y Humberto jamás hablaba en vano. La desesperacion se apoderó del niño, y postrándose de rodillas recitó las mas fervientes oraciones pidiendo á Dios que protegiera á su hermana y la hiciera feliz donde quiera que existiese, por léjos que estuviera de la casa paterna, tan triste y fria para él en lo sucesivo.

Dos horas despues volvió su padre y le dijo: —Ya has llorado bastante; es preciso que ocultes tu pesar á todo el mundo. Enjúgate las lágrimas y ven á cenar.

Humberto comia con sus oficiales; aquel dia no se advirtió mas diferencia sino que solo se presentó la criada, y todos advirtieron que Claudina no salia segun acostumbraba á ver si faltaba algo, pero nadie se atrevió á decir una palabra sobre su ausencia ni aun menos á dirigir la menor pregunta al maestro carpintero. Por la noche Estéban se desnudó solo, se acostó por vez primera sin abrazar á su hermana, se durmió llorando y se despertó del mismo modo al dia siguiente.

II.

Humberto contaba á la sazón cuarenta y dos años de edad; era muy entendido en su oficio y tenia mas trabajo del que podia hacer, de modo que los buenos oficiales buscaban su taller con predileccion porque nunca se hacia esperar el salario, aunque todos sabian que á la falta mas insignificante eran expulsados irrevocablemente. Humberto no permitia el descuido en el trabajo ni la libertad en las palabras, y no solo se oponia á que se guardase la fiesta del lunes, como es costumbre entre algunos trabajadores, sino que llegaba su rigor hasta el punto de exigir que se empleasen una ó dos horas del domingo. Es inútil advertir que el oficial que en este dia se entregaba á la embriaguez ó al libertinaje, era despedido como si hubiera faltado en el trabajo.

El maestro carpintero hablaba poco y queria que todo se hiciese en su casa con silencio, debiendo oirse tan solo el estruendo de las sierras, los escoplos y los martillos, y empleándose la voz humana para las explicaciones indispensables para las obras. Era muy raro el que se viesen con frecuencia caras nuevas en el taller; los trabajadores que elegia y cumplian con su obligacion no salian ya de su casa, y se arreglaba de modo que les daba ocupacion á todos hasta en las épocas de calma de trabajo; pero no guardaba con ellos en lo demás ninguna consideracion, les mostraba siempre un rostro severo, no les hablaba nunca fuera del trabajo, y no se tomaba ningun cuidado en la apariencia por sus intereses particulares así como no les comunicaba nunca sus negocios personales.

Humberto gozaba en todo el Marais de una reputacion de probidad justamente merecida: nunca se le habia dirigido la menor queja sobre la ejecucion de sus obras, y en sus relaciones con las personas de clase mas elevada, demostraba una finura sencilla y digna sin familiaridad ni baja. De suerte que su clientela era escogida y numerosa, ganaba casi lo que queria, y en vista de su modo de vivir austero y modesto, se le suponía, si no rico, al menos muy bien acomodado.

No se engañaban; Humberto era rico, y lo ocultaba con empeño para que su hijo no tomase aversion á la carpintería y concibiera tentaciones de elegir otra profesion. Léjos de abrigar la idea de hacer de él un pasante de notario, oficinista ó cosa parecida, su ambicion se reducía á que Estéban fuera su sucesor; pero al dejarle el taller, tenia tambien la intencion de legarle sus capitales, para que pudiera dar mayor ensanche á su arte, y con este objeto no omitia medio alguno para que la educacion del niño fuera tan completa como posible bajo el plan que se habia propuesto. Sabiendo por experiencia los escasos conocimientos que él poseía, deseaba que su hijo aprendiese lo que le habia costado á él tantos

años de práctica y de ensayos infructuosos; pero no queria que pasase de este limite, temeroso de hacer de su hijo, segun él decia, un *mal señorito* en vez de un buen trabajador.

La historia de Humberto puede contarse en pocas palabras. Nació en 1792; sus padres, en otro tiempo criados de una casa noble arruinada por la revolucion, vivian pobremente de sus antiguas economías, pues para aquellas buenas gentes no habia ocupacion alguna posible bajo el gobierno de la República, y cuando se acabó el dinero, su hijo empezaba á ganar un módico salario, siendo este quien con su trabajo preservó hasta la muerte de una miseria amenazadora. Salió de la niñez y entró en la juventud cumpliendo tan sagrado deber, y habiendo quedado huérfano á los veinte años, no tardó en imponerse otros deberes casándose con una jóven á quien amaba. Esta murió en 1824 dejándole padre de dos hijos, de los cuales el menor acababa de nacer. Viéndose Humberto privado de una compañera á quien tan tiernamente habia querido, dedicó todo su afecto y todos sus desvelos á sus hijos y solo por ellos trabajaba. Esta vida de continua ocupacion, sin distracciones ni placer y sin otro objeto que el deber, habia impreso con el tiempo á su carácter un rigor inflexible; únicamente la religion hubiera podido suavizar la rudeza de su alma, pero Humberto era indiferente á nuestras santas creencias, habia presenciado el restablecimiento del culto sin comprender su trascendencia, y su aplicacion incesante á los trabajos materiales no le habia dejado tiempo para aprender las verdades cristianas. Sus hijos habian recibido el bautismo y segun todos los ejercicios religiosos de la escuela, pero Humberto consideraba estos estudios como circunstancia forzosa de su educacion aunque sin creerlos de la mayor importancia.

Claudina, educada por un hombre semejante, habia sido todo lo que podia ser, es decir, tímida y laboriosa, sin que la pobre niña hubiera recibido jamás una caricia simpática ni un consejo dado con ternura; de modo que todo el amor de su corazón se habia dedicado desde luego en favor de su tierno hermano, y creció en edad y en belleza sin que su padre lo advirtiera, y era ya mujer y la trataba aun como un niño.

Humberto encontró un dia escribiendo á Claudina, la cual se turbó y no tuvo tiempo para ocultar á su padre el papel; era la respuesta á una carta recibida el dia anterior y á la que evidentemente habian precedido otras muchas. Claudina imploró su perdon y creyó que la cólera paternal se aplacaria con una confesion sincera; pero desgraciadamente la falta era completa, y el carpintero solo vió la deshonra de su hija sin reflexionar que tambien él debia acusarse de una parte del pecado, por su conducta tan austera como imprevisora.

Humberto mandó á Claudina que se llevase toda la ropa y las alhajas que poseía, le dió doscientos francos para atender á las primeras necesidades, y la arrojó de casa sin compasion.

—No eres digna, le dijo, de reemplazar á tu madre en la casa para cuidar de tu hermano.

La pobre jóven no tenia otro recurso que el de ponerse á servir ó ir en busca de su seductor cuyo nombre no quiso revelar á su padre. Tal vez esta revelacion hubiera modificado la resolucion de Humberto, pero Claudina amaba, temia los efectos de la cólera de su padre, y animada de esa confianza ciega y sublime que solamente inspira el primer amor, prefirió ser despedida á exponer á su amante á un peligro cierto.

Esta escena terrible y decisiva pasó entre padre é hija sin ruido ni escándalo en la mañana del sábado de 1834, dia del doble triunfo alcanzado por el tierno Estéban á sus compañeros de escuela y de catecismo.

III.

Habian trascurrido cinco años; Estéban habia terminado su aprendizaje y tomaba su título de oficial de carpintero. Habiendo conseguido Humberto el buen éxito de la educacion especial que habia dado á su hijo y satisfecho bajo todos conceptos del modo con que habia

correspondido á sus esperanzas, creyó que era llegado ya el momento de revelar el misterio que hasta entonces le habia ocultado, y le contó la historia de Claudina sin manifestar el menor pesar por la pobre muchacha ni dar ningun indicio de que se arrepentia de su dureza.

—Me ha escrito varias veces desde entonces, añadió, mas no he leído ninguna de sus cartas, en lo cual he obrado como debia. Has de saber, hijo mio, que es preciso preferir el rigor á la debilidad cuando se trata de honra y de probidad, y que evitando las ocasiones de incurrir en una cobardía hay seguridad de no cometer ninguna. En la actualidad eres mi único hijo, y creo que me porto contigo como buen padre; pero si algun dia llegases á faltar á tu deber, te trataria tambien sin compasion. Cuando hayan pasado algunos años te cederé mi taller; y entonces te casarás, serás tú único amo, y tendrás éxito feliz en tus negocios, como lo he tenido yo con los míos, si no te apartas de la senda que he seguido con constancia. Hasta que llegue ese dia, exigiré de tí mas que de todos los demás oficiales, y no seré contigo mas indulgente que con ninguno de ellos; si esto no te acomoda, eres ya maestro, y puedes buscar trabajo en otra parte.

Demasiado á fondo conocia Estéban á su padre para tratar de hacerle la menor observacion y aventurar la menor palabra de compasion en favor de Claudina, de modo que abrazó á Humberto sin responderle, aunque brotaban de sus ojos copiosas lágrimas.

Ningun oficial ganó á Estéban en entusiasmo ni en habilidad en el trabajo, y era además su conducta de las mas ejemplares, pues su única diversion consistia en frecuentar los teatros. Esta aficion no disgustaba en modo alguno á Humberto, quien decia con razon que era preferible matar el tiempo en el teatro que en la taberna. El no iba á una parte ni á otra, y pasaba por lo regular las veladas en poner en orden sus facturas y en apuntar las cuentas y encargos de sus obras; pero no reprobaba el que un jóven no hiciera lo mismo, y dejaba á su hijo dueño absoluto de disponer como le pareciera del producto de su trabajo.

Estéban cayó soldado en la primera quinta, mas como estaba ya preparado de antemano el dinero necesario para la sustitucion, este incidente pasó sin producir el menor trastorno. Poco tiempo despues Humberto empezó á hablar de la realizacion de su gran proyecto, es decir, del casamiento de su hijo. Acostumbrado á la sumision de éste, no sintió ningun escrúpulo en combinarlo sin participar al interesado sus proyectos; habia puesto sus miradas en la hija de un contratista de edificios, y se habia puesto de acuerdo con el padre para todos los arreglos preliminares. Este, que sabia muy bien el estado de los negocios de Humberto y que no ignoraba tampoco que el hijo era un excelente jóven, accedió gustoso á las proposiciones que se le hacian, y todo estaba arreglado sin que para nada se hubiera consultado á los dos jóvenes. Pero como su proyecto no se podia llevar á cabo sin tan importante paso, los dos padres fijaron un dia para hacer la revelacion correspondiente.

El contratista tuvo que hacer pocos esfuerzos de elocuencia, pues su hija accedió á la primera insinuacion y se mostró pronta á dejar con confianza el cuidado de su dicha futura á la prudencia paterna. Con grande asombro de Humberto, no sucedió lo mismo con Estéban: el jóven escuchó á su padre con el mas profundo respeto hasta que cesó de hablar, dióle despues las gracias por sus buenas intenciones, y declaró por último que estaba pronto á tomar la direccion del taller si su padre estaba resuelto á dejarlo, pero añadiendo que, á pesar de reconocer todas las ventajas del matrimonio que le proponia, tenia resuelto permanecer soltero.

Al chocar Humberto con una resistencia tan inesperada creyó de buena fe que cuanto oía era un sueño: volvió á dar principio á su discurso, insistiendo en cada punto para dar á conocer á su hijo el disparate de su negativa, y Estéban, despues de haber escuchado con la mayor calma como la primera vez, respondió nuevamente con una negativa formal y nada ambigua.

—¿Es decir, exclamó Humberto con impaciencia, que te has vuelto loco?

—No creo que sea locura, padre, no querer casarse; estoy pronto á trabajar bajo vuestras órdenes como hasta aquí, ó á sucederos si creéis oportuno cedermé el taller; pero ¿por qué me habeis de obligar á tomar una mujer? No quiero casarme, dejadme mi libertad, pues feliz como lo soy ¿por qué he de crearme nuevos deberes? ¿No bastan ya los que mi estado me impone?

—Pero á tu edad es preciso establecerse del todo, y el casamiento daría un objeto á tu vida. El que yo he arreglado te hará rico y podrás dedicarte á grandes empresas. Mira lo que haces, y reflexiona que tal vez no hallarás nunca una ocasión tan excelente.

—Será posible, pero no buscaré ninguna otra, porque deseo permanecer soltero.

—Esto no puede ser, y tu resistencia á mi voluntad ha de tener una causa, dijo Humberto encolerizado. Te doy un mes para reflexionar, y si trascurrido este plazo estás aun resuelto á no obedecermé, venderé mi taller y podrás ir á donde Dios te guie sin contar para nada con tu padre.

Y se separó de su hijo sin esperar su respuesta.

Desde aquel día todo volvió á su orden acostumbrado; Estéban continuó trabajando con celo, y casi todas las noches se iba al teatro despues de cenar, sin faltar á la mañana siguiente en el taller.

IV.

La extraña tenacidad del jóven despertó las sospechas del padre, quien no llegaba á concebir que una resolución tan absurda en la apariencia no ocultara algun motivo secreto, y se habia disminuido en parte la confianza que habia tenido hasta entonces en su hijo. Resolvió pues vigilar á Estéban y penetrar la causa de la negativa obstinada que oponia á sus deseos, y el primer resultado de sus investigaciones fué que Estéban no pasaba las noches en el teatro. Averiguado este hecho, Humberto resolvió seguir una tarde á su hijo.

En vez de dirigirse al baluarte para ir al Ambigú como habia dicho, Estéban encaminó sus pasos hacia el Sena, cruzó el puente María y se internó por las calles silenciosas de la isla de San Luis. Humberto le vió entrar en una casa de exterior miserable, y anotó el número con cuidado, resuelto á volver al día siguiente para tomar informes de la vecindad.

Volvió en efecto, pero la casa no tenia portero y no sabia á quién preguntar. Mientras se paseaba por delante de la puerta con ademán algo embarazado, salió una mujer, y como la isla de San Luis es una ciudad de provincia en medio de París y sus moradores tienen aun la costumbre de ser curiosos y preguntones bajo la apariencia de serviciales, la buena mujer se dirigió al carpintero y le dijo:

—¿Buseis la habitacion de alguno, caballero?

—No busco eso precisamente, respondió Humberto, pero sé que un jóven que se llama Estéban y es carpintero viene con frecuencia á esta casa, le necesito y quisiera...

—Ya, ya entiendo; el señor Estéban, un guapo mozo... Está en su taller, calle de San Gilles, en el Marais. Nunca viene hasta la noche á ver á su mujer...

—¿Su mujer?... dijo Humberto sin poder disimular un movimiento de sorpresa.

—Su mujer ó lo que sea, dijo la vecina, ya me entenderéis... pues, una trabajadora de blondas que vive en el cuarto piso, en la ventana donde veis esas flores... Los muchachos, la juventud, ya conoceréis que... Por lo demás, la muchacha es muy laboriosa, porque de otro modo el propietario no permitiera... Eso es muy mirado en la isla... ¡oh!...

Humberto sabia mas de lo que deseaba, y preguntando otra vez las señas del taller para desvanecer las sospechas de la vecina, volvió á su casa resuelto á obrar con entereza.

Por la noche despues de cenar Humberto se puso á escribir como de costumbre y su hijo se fué al teatro; pero apenas habia trascurrido una hora cuando Humberto dejaba sus apuntes y se dirigia á la isla de San Luis. Se-

gun le habia indicado la vecina subió al cuarto piso. Se habia provisto de una bujía, lo cual le permitió leer en una de las puertas el nombre de Mme. Duparc, trabajadora de blondas. Apagó entonces la bujía y se preparaba á llamar cuando un rayo de luz que salia por entre la puerta, que estaba medio entornada, le advirtió que podia, antes de entrar, ver y oír lo que deseaba.

Estéban estaba sentado en lo mas interior del aposento; en frente de él habia una mujer de espaldas á la puerta, y entre los dos, de rodillas delante de una chimenea, un niño de siete á ocho años, recitando las oraciones de la noche.

—Ese niño tiene demasiada edad para que sea hijo de Estéban, dijo para sí Humberto. Regularmente será una viuda.

—¿Dios mio, dijo el niño, conservad la salud á mi madre, á mi tío y á mi abuelo, y haced que este perdón á mi madre, le restituya su cariño y me abraza pronto por la vez primera!

—Y yo tambien, pensó Humberto, deberia tener nietos que orasen á Dios por mí, pero arrojé de mi lado á Claudina que habia olvidado sus deberes, y mi Estéban á quien amo tanto, se niega á casarse por no separarse de esa mujer.

Acabada la oracion, el niño se acercó á su madre que empezó á desnudarle mientras hablaba con Estéban.

—¿Cuándo escuchará Dios, dijo ella, la oracion de este ángel? ¿No son bastante expiación diez años de padecer, de lágrimas y de arrepentimiento?

—Espera un poco mas y tal vez la escuche, respondió Estéban. Cuando mi padre vuelva á hablarme de casamiento, le confesaré la verdad, y ¡tal vez entonces principiará la dicha para todos!

La jóven se levantó llevando al niño en sus brazos y se lo presentó á Estéban para que le diera las buenas noches y un beso; su rostro se volvió entonces hacia la puerta, y Humberto reconoció las marchitas facciones de Claudina. ¡Cual se parecía á su madre en los últimos dias de su vida!... Tan tierno espectáculo hizo que la triple coraza de hielo que cubria su corazon se derritiese á los rayos del amor paternal repentinamente despierto, y empujando la puerta apareció en el dintel tendiendo afectuosamente la mano al generoso Estéban. Claudina se arrojó á los piés del anciano vertiendo copioso llanto.

—Era culpable, dijo, y me rechazasteis justamente. Veinte veces os he escrito despues pidiendo vuestro perdón, pero os negasteis á oírme. El hombre á quien amaba murió dejándome este niño. Mucho tiempo he sobrellevado el hambre y la miseria: despues se compadeció Dios de mí: Estéban me buscó, me encontró hace cinco años y es él quien me mantiene.

Humberto tenia el corazon dolorosamente comprimido y no podia pronunciar una palabra.

—Volved á ser el padre de Claudina, exclamó Estéban, y entonces me casaré y tendréis dos hijas que os amen.

—Hijo mio, tú has sido mas prudente que yo, dijo al fin Humberto dominando su emocion; reconozco que la probidad sin compasion nunca será una virtud.

EL SECRETO DE POLICHINELA.

POR M. ADRIANO ROBERT.

VI.

Mas vale tarde que nunca, como dice un refrán; estamos en el penúltimo capítulo de nuestra novela, y hé aquí que nos esperan cuatro nuevos personajes entre bastidores para salir á la escena.

Supongo que mis lectores recordarán que Zaffro habia anunciado á tres ó cuatro coleccionistas entusiastas la inmediata venta de su taller.

Pues bien, como en semejantes casos se efectúa una verdadera pugna de ligereza de pier-

nas en el campo de los chalanos, y como los que primero llegan apuran la esencia de lo bello, se presentaron dos contendientes el mismo dia y á la misma hora en casa del empresario.

—¿Su eminencia el cardenal Torcuato! ¡El caballero Quirino! anunció Lucas en el desierto taller.

Acompañaba á su eminencia su camarero. Seguía al caballero un negro de formas atléticas vestido de encarnado de piés á cabeza.

Torcuato era un airoso prelado español, de tez morena, ojos negros y brillantes y manos blancas y venosas.

Quirino se parecia á una de esas figuras de carton que hacen mover los muchachos por medio de un hilo; era pequeño, delgado y endeble; cojeaba del pié izquierdo y llevaba sobre el ojo derecho un parche de tafetan verde. El traje corria parejas con la ridiculez del personaje; el caballero ostentaba sobre una coraza abollada y manchada de orin una vieja banda de tela dorada, enteramente desfilochada, de la cual pendia una caja de tabaco.

Ambos coleccionistas se saludaron ceremoniosamente y principiaron á hacer inventario del taller.

—¡Hola! dijo el cardenal tomando una estatuita de bronce de un estante, hé aquí una antigüedad preciosa; es un *mirmilon* (1), continuó enseñando la estatua á su camarero.

—Perdonad, monseñor, respondió este despues de haberla examinado con el mayor cuidado, yo creo que es un *andabates* (2).

—¿Cómo? ¿qué estais diciendo? exclamó el caballero acercándose y haciendo un gesto grotesco... ¡Per Baco! ¿no veis que es un *retario* (3)? ¿no advertís que el tridente está roto por la punta? El mango de los *mirmilones* era dos veces mayor, y el asta de los *andabates* tenia un hierro de venablo en cada extremo.

—Es muy cierto, dijo el cardenal despues de haber reflexionado; mil gracias, caballero. No hay duda que es un *retario* bien conservado. Yo compro esta estatua.

El caballero Quirino recorrió todo el taller silbando una marcha militar y se paró por fin delante de un cuadro de la escuela italiana, que representaba la degollacion de san Juan Bautista.

—Omar, desdénega ese cuadro, dijo al negro que cruzado de brazos y piernas estaba recostado contra uno de los dinteles de la puerta.

El negro se levantó, descolgó el cuadro con una sola mano y lo colocó sobre un caballete.

—¡Hola! dijo entonces su eminencia acercándose, es un *Benedetto* de Castiglione, antes de que imitase el estilo de Ticiano; el colorido es bueno y está bien expresado el movimiento del verdugo.

—Pues á mí me parece pésimo el movimiento, replicó Quirino; es imposible que su alfanje llegue á caer sobre el cuello del mártir; va á errar el golpe el bárbaro, lo va á errar. Preguntádselo sino á Omar... Vamos, no seas vergonzoso, habla; ¿cómo te manejabas para cortar una cabeza en Constantinopla?

—¡San Bernabé me valga! exclamó el camarero dando un paso atrás como si acabara de pisar la cola de una víbora.

Omar se alzó tranquilamente la manga derecha dejando ver un membrudo brazo, y dijo desenvainando su corvo alfanje:

—El cuello del hombre tiene nada menos que setenta y cinco músculos, cuyas tiras carnosas presentan una enorme resistencia; puede operarse la decolacion por la parte posterior ó por la anterior; y esta última ofrece mas recursos, pues no expone á que el filo del arma se embote contra las vértebras cervicales, y la seccion inmediata del cartilago cricoides y de la traquiarteria acaba con la victima con la rapidez del rayo.

—Es muy interesante cuanto decís, amigo mio, respondió el cardenal con la mayor sangre fria, y sabeis tanta anatomía descriptiva como Ribera.

Y volviendo bruscamente la espalda á Quirino, el prelado continuó su revista artística. Su eminencia eligió tres ó cuatro objetos de



El negro le asió por el cuello. (Pág. 150, col. 1).

bronce, una lámpara de Herculano y el Benedetto de Castiglione.

El caballero puso aparte un jarrón de cristal de colores de Maramo, una espada de Toledo y dos bocetos de Zafiro.

Al pasar por delante de la mesa el camarero vió el pequeño cuadro que Cándida había traído á su primo, pero el caballero se le adelantó y puso sobre él una mano.

—¿Qué mamarracho es este? dijo acercándose á la ventana; hay sobre el lienzo tal capa de grasa y hollin que el diablo que distinga lo que representa. Omar, lávalo con la esencia.

Y el caballero dió al negro un pomito que tomó de la caja de colores de Zafiro.

El negro puso en seguida manos á la obra, y á los cuatro brochazos la capa de grasa cayó repentinamente, dejando al descubierto tres soldados españoles jugando á los dados sobre un tambor.

—¡San Polidoro! exclamó el cardenal cruzando las manos, es el original de los *Bebedores* de Adriano Brauwer!

—El mismo! el mismo! dijo también el caballero arrebatando el cuadro de las manos de Omar. ¡Los *Bebedores*! ¡el original de los *Bebedores* que se creía perdido! Y soy yo el que lo hallo, el que lo poseo!

—¡Alto, señor mío! añadió Torcuato, ese cuadro pertenece al que pagué lo que vale.

—¡Doy diez mil ducados! respondió con enojo el caballero.

—¿Y creéis haber dicho algo? dijo el cardenal con sonrisa burlona; yo he dado cinco mil ducados por la primera copia que se sacó al agua fuerte.

—Pues bien... veinte mil! exclamó Quirino haciendo brillar su único ojo.

—Creedme, caballero, no os obstineis en pujar. Deseo sobremanera poseer este cuadro y os prevengo que lo pagaré muy caro.

—No mas caro que yo, por vida mía! dijo el caballero descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Treinta mil ducados! dijo el cardenal sacando una cartera y un lapicero con mango de oro para apuntar las pujas.

—Cuarenta mil! respondió el caballero.

—Cuarenta y cinco mil! añadió el cardenal.

—¡Hola! ¡hola! ya empieza á aliojarse el fuego. Doy sesenta mil ducados!

Su eminencia palideció ligeramente.

—Veo que no me conoceis, monseñor; soy mas testarudo de lo que os pensais. Tal como me veis, he hecho volar mi nave en plena mar con tres galeras turcas que me daban el abordaje, y he estado navegando setenta y cinco horas montado sobre una jaula de gallinas, cayendo al fin prisionero de un corsario enemigo que encontré por casualidad durante mi navegacion. Pero no creais que por esto me di por vencido, pues me dejé ir á fondo y hubo necesidad de enviar unos buzos para apoderarse de mi persona. Fui conducido á Galipolis y encarcelado con este buen mozo en la torre de bronce, y despues de haber limado dicha torre durante diez y siete meses trece dias y cuatro horas con el espiral de mi reloj, hemos venido á pié hasta Florencia.

—¡Qué heroismo, caballero! dijo el cardenal.

—¿Qué quereis? Es mi genio; mi obstinacion. Y en prueba de ello, sabed que apenas hace una hora que he llegado, y en vez de ir á saludar á mi esposa, que ha dos años que me espera, he preferido venir á presenciar esta venta para tener el gusto de exasperar á algunos coleccionistas.

—¿Luego no sois el caballero Quirino? preguntó el cardenal sonriendo.

—No lo soy, os lo confieso, respondió el de la coraza; he tomado este título y este nombre para dar una sorpresa á mi querida esposa: soy el marqués Alfeo Alberti.

—¿Por qué no lo dijisteis antes? exclamó el cardenal; me hubierais ahorrado el trabajo de disputaros este cuadro. ¿Cómo habia de luchar yo con un caballero como vos que además de cuatrocientos mil ducados de renta posee la mas hermosa galería de Italia? Hasta otro rato, señor marqués; si la obstinacion es un pecado, también es una virtud cuando hace una obra de caridad. A no ser por vos el pobre Zafiro no tendria la dicha de ganar en un momento tan respetable cantidad.

—No me vuelvo atrás; daré sesenta mil ducados por el cuadro.

—Sesenta mil ducados! exclamaron al mismo tiempo Dominico y las dos jóvenes que entraban en el taller.

—Y además dos mil cequines que su eminencia os ofrece por estos objetos, dijo el ca-

marero designando los bronce, la lámpara y el Benedetto.

—Sí, dijo el cardenal saludando afectuosamente á todos nuestros personajes con la mano y retirándose.

—¡Ricos.... riquísimos! exclamó Dominico abrazando con franca efusion á Fiamma. ¿Dos mil cequines? casualmente es esa la cantidad que debemos pagar á la marquesa.

—¿Qué marquesa? preguntó Alfeo Alberti que acababa de escribir un abonaré para su banquero.

—La marquesa Alberti, dijo Fiamma.

—¿Cómo?

—Sí, añadió Dominico, una señora de prendas.

Y acercándose al oido del marqués, le hizo en pocas palabras una confidencia muy interesante para él.

—¡Mil bombas me aplasten! exclamó con voz de trueno el marqués dando un salto como un gato. Venganza! sangre y exterminio!

—¡Cielos! ¡qué barril de pólvora es este hombre! dijo Cándida acercándose con miedo á su hermana.

—¿Creéis que Zafiro es inocente? añadió el marqués apretando con rabia el brazo de Dominico.

—Os lo juro, caballero, respondió vivamente Cándida; no ama á nadie mas que á mí.

—¿Y decís también que ese Bustamante, ese Mandola y ese Pantilio son los cómplices y consejeros de la marquesa Alberti?

—Es cierto, respondió Dominico.

—Gracias! dijo bruscamente el marqués soltándole el brazo, gracias! Ven acá, Omar-ben-Hadji-Faz! vamos á cenar á mi casa, á la villa Alberti, y á probar el filo de tu alfanje.

—Cielo santo! ¿sois vos...

—Soy... soy el marqués Alfeo Alberti! dijo con voz atronadora el marido de Lucrecia desde el dintel de la puerta.

—Va á matarlos á todos! balbuceó Cándida cayendo desmayada en el sillón.

—Perdonad.... olvidaba mi Brauwer, dijo el marqués volviendo á entrar en el taller y poniéndose el cuadro debajo del brazo izquierdo.

—¡Sesenta mil ducados! exclamó Dominico doblando el abonaré con esmero; voy á pagar nuestras deudas y á presenciar el degüello.



Familia rusa en trineo. (Pag. 777, col. 2).

VII.

Antes de partir á la guerra, el marqués Alfeo había determinado tener la satisfacción de poseer un *triclinium* en la villa Alberti; es decir, lechos de marfil y plata cubiertos de sedería de Esmirna, mesa de media luna, candelabros antiguos, ánforas de Mazzara, en una palabra, el mueblaje completo y en grande de un comedor romano, copiado de las obras de Vitruvio y de las ruinas de Pompeya.

Al mismo tiempo que el marido subía á su carroza de alquiler con su fiel Omar y Dominico, la marquesa Alberti inauguraba el famoso *triclinium* con una cena al estilo del Bajo Imperio.

Los candelabros de bronce esparcían su luz de cambiantes por las paredes de blanco estuco.

Las ánforas griegas y las copas bizantinas circulaban sobre la mesa en medio del vapor azulado de la mirra que humeaba en braseros de pórfido.

Los convidados, ceñidas las frentes de coronas de rosas y de verbena, estaban recostados sobre el lecho-circular que llegaba hasta la mesa del festín.

Lucrecia ocupaba el centro del *triclinium*, Zafiro estaba á sus piés, y Mandola, Bustamante y Panfilio rodeaban la mesa.

Sí, el enamorado, el fiel Zafiro, vencido por las armas que contra él fraguara la marquesa, se había rendido por fin no teniendo otra elección que la cárcel ó los jardines de Armida; pero su corazón impaciente no cesaba de latir por su querida Cándida; y cual otro cautivo, no abrigaba mas que una idea que le impulsaba á hacer pedazos aquella cadena de flores y mas fuerte que la de un galeote. ¡Ah! en vano su imaginación de artista y de enamorado se esforzaba para inventar algún ardid. Bustamante le había entregado á la marquesa en el momento que creía huir del cadalso por la muerte de Panfilio, y aunque libre en aquel palacio, era custodiado por veinte criados y por ojos mas avizores que los de Argos, los ojos de una mujer celosa. Además, á dos pasos de la villa Alberti estaba seguro de encontrar al barigel y la cárcel por deudas.

Zafiro inclinaba pues tristemente la cabeza,

buscando una esperanza y no la hallaba: Lucrecia le había vencido.

Los tres chichisbeos dormían ó al menos tenían los ojos cerrados.

El cuadro era digno del pincel de Veroneso. ¡Mas ay! aquella *morbidez* amorosa, aquella languidez perfumada, prelude de una escena aun mas tierna, se desvaneció como por encanto.

El encantador era el marqués Alfeo Alberti, cuya chillona voz pronunció desde fuera esta frase extraña:

—Pietro! despluma un faisán; quiero cenar.

—El marqués! exclamó Lucrecia aterrada.

Un rayo que hubiera caído en la mesa del festín no hubiese causado mas terror á Lucrecia y á sus convidados.

Todos bajaron del lecho y se apresuraron á tomar una actitud disimulada.

El marqués entró seguido de Dominico y de Omar.

Alfeo llevaba aun el Brauwer debajo del brazo.

—Hacedme el favor, marquesa, de no molestaros por mí, dijo con galantería y besándole la mano; me he hecho esperar ¿no es cierto? Y nada menos que diez y ocho meses.

—Vos!... él! balbuceó Lucrecia volviendo á caer sobre los almohadones.

—Perdonad, señores, dijo el marqués interrogando con la mirada á todos los convidados... ¿Cuál es vuestro nombre?

—Mandola, respondió el poeta que daba diénte con diénte de terror.

—Tendréis la bondad, señor de Mandola, de hacerme un pequeño puesto entre vos y este otro caballero... el señor de...

—Panfilio, murmuró el capitán lanzando en torno miradas despavoridas.

—Panfilio? bonito nombre! Mi amigo Dominico se pondrá en frente de mí y al lado de ese otro caballero que se llama...

—Bustamante! respondió este sosteniéndose con dificultad sobre sus piés.

—Y el señor es Zafiro... ¿no es cierto? continuó el marqués dirigiéndose á su mujer y señalando al cómico que veía asomar la aurora de su libertad.

—Sí, respondió Lucrecia con voz apagada.

—Siento el mayor placer en conoceros, continuó el marqués dando principio á un rudo

ataque contra los platos. Omar-ben-Hadji-Faz, llena las copas!

—Todo va bien! murmuró Dominico acercándose á su amigo.

—Dignaos perdonarme, marqués, balbuceó Lucrecia, si no he manifestado mayor alegría al veros despues de tan larga ausencia, pero como no esperaba tanta dicha, la sorpresa... la emoción...

—Conozco que he sido un torpe, que debía haber anunciado mi visita ocho días antes.

—Tal vez somos indiscretos, dijo Zafiro levantándose; permitid que nos retiremos.

—Cómo! de ningún modo! exclamó Alfeo. La ocasión es excelente para anudar nuestra amistad, y ahora que recuerdo, ¿dónde está nuestro mayordomo, marquesa?

—Le despedí hace ocho días.

—Hicisteis muy bien; era un borracho. Yo detesto á los borrachos, señor Bustamante, ¿y vos? Ven, Omar; trincheme esta ave. Os recomiendo este muchacho, marquesa; trínchame admirablemente; es un antiguo verdugo del bey que he tomado á mi servicio. Tañe muy bien la guitarra, sirve á la mesa, y corta una cabeza con una ligereza increíble. Ya vereis, ya!

Siguió á estas palabras un silencio de catacumba.

Mandola estaba á punto de desmayarse.

—Recibid mi enhorabuena, señor Zafiro; sois un admirador apasionado de lo bello, añadió el marqués tomando una copa.

Zafiro hubiera podido oír las palpitaciones del corazón de Lucrecia.

—No hay duda; vuestro taller es precioso.

—El señor marqués acaba de comprar por sesenta mil ducados uno de sus cuadros, dijo Dominico.

—Sesenta mil ducados! repitió la marquesa.

—Sí, dijo el marqués mirándola sonriendo; como el pobre Zafiro debía no sé qué cantidad á un desapiadado usurero... hombre ó mujer, me ha parecido que no debía regatear.

—Sesenta mil ducados! repitió el empresario estupefacto.

—Que están aquí, dijo Dominico dándole el abonaré firmado por el marqués.

—¿Qué diablo de vino es este? exclamó de pronto Alfeo despues de vaciar su copa; es

una infusión de canela, gengibre y vainilla. Es vino de bodas, *per Baco!*

—Yo lo encuentro flojo pero bueno, dijo Bustamante con la risa estúpida de la embriaguez.

—En efecto, sois perito en vinos, dijo el marqués tomando repentinamente un aire sombrío. Pues bien, voy á hacerlos probar cierto vino que tal vez no conocéis... Omar, la copa de color de sangre!

El negro entregó á su amo una copa llena de vino.

—Cielos! exclamó la marquesa viendo que su marido pasaba rápidamente sobre la copa un frasquito de cristal que acababa de sacar del bolsillo.

—No, no beberé, exclamó resueltamente Bustamante levantándose.

—Aquí no, en el terrado; es un vino que solo se bebe á la luz de la luna. Omar, suplica al señor Bustamante que te acompañe.

—Nunca... es el veneno de los Borgias!

El negro se acercó lentamente al borracho, le asió por el cuello de la casaca y se lo llevó como se lleva un picador á un perro de presa rebelde.

Salió un grito de horror de los labios de la marquesa.

Panfilio y Mandola estaban pálidos como cadáveres.

—Perdonad, capitán Panfilio, continuó el marqués, pero estas cosas necesitan tiempo, Omar vendrá por vos antes de un minuto.

—No le esperaré, dijo el coloso aterrado.

Y se precipitó fuera de la sala dando tal empujón á la puerta que casi la sacó de quicio.

—Y van dos! murmuró el marqués con voz sombría.

Mandola trató de imitar al capitán, pero le faltó el valor, le flaquearon las piernas, y el pobre poeta cayó de rodillas exclamando:

—Perdon, señor... soy inocente!... no he hecho nada...

—Nada más que el *Hilo de Ariadna!* dijo el feroz guerrero interrumpiéndole; ¿y no es bastante delito?

Omar volvió á entrar.

Mandola volvió el rostro, le vió y cayó en el suelo.

Omar se enjugaba el alfanje con su manga de color de escarlata.

El marqués sacó del bolsillo tres brazas cuando menos de cuerda nueva que arrojó al esclavo.

—Vamos, Omar, enseña á este caballero como ató Ariadna su hilo á la puerta del laberinto.

Apenas había acabado de hablar el marqués, ya Omar se inclinaba hácia el poeta medio desmayado, y con mas facilidad que á Bustamante, se lo llevaba en hombros á pesar de sus gemidos plañideros é inarticulados.

—Llegó mi turno, dijo Zafiro en voz baja á la marquesa.

El rostro de Alfeo había recobrado su primera expresión de jovialidad é indiferencia.

—Ahora que esos tres imbéciles, dijo, vuelan en una buena carroza camino de Florencia, os toca á vos, Dominico.

Dominico asió del brazo á Zafiro, y le hizo levantar.

—Hay bellos modelos en Roma, caballero, dijo el marqués con ademan de príncipe á Zafiro, y tenéis demasiado talento para ser un Polichinela. Cándida y Rafael os convertirán en un gran pintor. Podeis retiraros.

Quedaron solos los dos esposos.

Alfeo presentó á la marquesa el *Brauer* y le dijo con bondad:

—Confesad, querida marquesa, que es preciso volver de Constantinopla y llevar en el bolsillo cuerda de ahorcado para encontrar una ocasión tan portentosa como la que me ha hecho poseedor de un cuadro de tanto mérito.

FIN.

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

Esta mañana me ha mandado á llamar la princesa y me ha dicho:

—María, haz tus preparativos porque vamos á partir dentro de algunos días.

—¿A qué país, señora?

—A Crimea. Mi marido tiene un grado superior en el apodelnitz y debe ponerse al frente de sus druschines.

—¿Y quereis acompañarle?

—No debe seguir una mujer á todas partes á su marido? Por otra parte, me fastidio mas que nunca, y no me disgustaria hacer por algun tiempo la guerra, porque esto me distraeria. Vendreis como mi ayudante de campo. Si caemos en poder de vuestros compatriotas, lo cual es muy posible, me protegereis.

Me he despedido hoy de Moscú desde mi observatorio favorito. Vamos á Crimea y me parece que este viaje me aproxima á mi patria. ¿Cuándo saldré de Rusia, de este país donde solo he encontrado corazones de hielo? ¡Ah! no quiero ser injusta con la señora Napukine y sus hijas. He recibido una carta suya que me ha causado sumo pesar.

He aquí lo que me dice en ella:

«Desde el día en que tuve la fatal idea de revelar á mis hijas el misterio de la existencia de su padre, nuestra vida es un suplicio. En otro tiempo era yo sola la que padecía, pero ahora mis hijas padecen al mismo tiempo que yo y hacen que mi dolor sea mil veces mas terrible. Acabaron para ellas los placeres, las distracciones y la alegría, y el recuerdo de su padre víctima del frío, del hambre y de la miseria las persigue por todas partes, en el baile, en el teatro, en el sueño. Ayer estábamos las tres trabajando en el aposento donde pasamos la mayor parte del día; miré el rostro de Prascovia y vi sus ojos bañados en lágrimas. —¿Qué tienes, hija mia? le pregunté. —Estaba pensando en lo que hará mi padre en este instante. —Mis dos hijas se arrojaron entonces en mi seno llorando; y estas escenas se reproducen continuamente. Tanto dolor nos matará á las tres. ¡Dios quiera que sea yo la última! Porque ¿qué sería de ellas sin mí?»

Hace algunos días que nos hallamos en las haciendas del príncipe, el cual está encargado de la organizacion de las milicias, y ha sentado su cuartel general en su castillo.

VIII.

¡Cuán extrañas son las costumbres de los aldeanos rusos! No olvidaré jamás el espectáculo que llamó mi atención al entrar en la aldea donde está situada la residencia de Nazumoi: hombres, mujeres y niños salían en confuso tropel de una especie de casucha de la que se exhalaba un deaso vapor; era la población entera que salía de la estufa y se revolcaba por la nieve á falta de agua, porque el río estaba helado. El baño caliente es una necesidad imperiosa para el pueblo ruso, y no hay una miserable aldea que no tenga su estufa, donde se confunden la edad, el sexo y todos los grados de parentesco. Esta promiscuidad del baño que me repugna, parece natural aquí y á nadie extraña.

Las cabañas que veo están construidas con madera de pino, y los troncos con que se hacen las casas forman el pavimento despues de haberlos labrado con el hacha y cubierto con una capa de yeso. Brilla una lámpara delante de una imagen del santo colocado en su capilla; el interior de estas moradas sería bastante cómodo si no se vieran circular sin cesar interminables procesiones de miserables al través de los intersticios de los maderos. Las mujeres y los niños duermen por lo regular encima de la estufa que les sirve de hogar.

He entrado en una de estas cabañas y quise por vez primera examinarlas detenidamente, pero al aproximarme á una de las cubas don-

de ponen á fermentar el *kwas*, me detuvo el aldeano diciéndome:

—No os acerqueis á ese viejo tonel.

—¿Por qué, Paulucha?

—Porque está allí oculto el *Domovoidoukh*.

—¿Y qué es el *Domovoidoukh*?

El duende encargado de conservar el orden en una casa y de poner cada cosa en su sitio. No conviene encontrarle cuando se ha comedido algun descuido, pues se apodera del objeto que habeis olvidado y se sirve de él para calentarnos desapiadadamente las costillas.

—¿Y has visto muchas veces al *Domovoidoukh*?

—Nunca, pero mi mujer le vió una mañana al esconderse detrás de esa cuba, y desde entonces nos guardamos muy bien de acercarnos.

Esta supersticion es tan solo una de las mil que tienen los aldeanos rusos.

Me han dado para servirme una hermosa aldeana cuyo aspecto melancólico ha llamado vivamente mi atención desde la primera vez que la he visto; la pobre muchacha parecia dominada por un incurable pesar, y creyendo que el amor es la causa de sus penas, he tratado de hacerla hablar.

—Enamorada! me ha respondido; ¡ah! no, Ouliana no puede estar enamorada.

—¿Cuál es, pues, la causa de tu pesar? Habla, no temas; si es alguna cosa que pueden concederte tus amos, yo intercederé por tí, y la alcanzaremos.

—Nadie puede consolar á Ouliana, juzgado sino por lo que vais á oír. En el último sábado *roditelskaia*, despues de haber asistido segun costumbre á la misa de difuntos, se apoderó de mí una fatal curiosidad; quise saber quiénes son las personas que deben morir este año en la aldea. Para conseguirlo basta ir á sentarse bajo el atrio de la iglesia y mirar en frente cuando dan las doce de la noche; los que se ven entonces no asistirán al próximo *roditelskaia*. A media noche me hallaba en el sitio designado; el corazón me latía con violencia, y empezaba á arrepentirme de mi acción é iba á volverme á casa, cuando sonó la primera campanada de las doce. Quise cerrar los ojos, mas ya no era tiempo, pues un fantasma se deslizaba lentamente por detrás de las columnas de la iglesia, y aquel fantasma era yo. Sé ahora que debo morir pronto, añadió la jóven con resignacion, y espero que Dios me llame en un momento á otro.

Los seres sobrenaturales hacen un papel importante en la existencia de los aldeanos rusos. Tenemos en el castillo cierto *Mitrófanes*, encargado de la cochera, que pretende haber visto una *Roussalka* (hada de los bosques). En una noche de hermosa luna, *Mitrófanes* pasaba por el bosque para volver á casa del *bourmistre* que le habia enviado, cuando oyó de pronto una voz clara y argentina que le llamaba por su nombre. *Mitrófanes* volvió el rostro, miró en torno suyo y no vió á nadie, y sin embargo continuaron llamándole repetidas veces.

—¿Quién es? preguntó con voz ahogada.

Respondióle una carcajada, y asi en frente de él vió una mujer cuyo vestido blanco parecia hecho de plata flexible y brillante, y que le hacia señas para que se acercase pronunciando en voz baja su nombre.

—Es una *Roussalka* y estoy perdido si se acerca, pensó para sí *Mitrófanes* cuyo cuerpo temblaba como las hojas de un árbol mecidas por el viento. Y no obstante, continuaba avanzando involuntariamente, y estaba ya á pocos pasos de la hada que le tendía los brazos, cuando trató de hacer la señal de la cruz; pero le pesaba la mano como si fuese de plomo.

En tan extremo peligro, *Mitrófanes* dirigió una oracion mental á su bog; sus dedos recobraron entonces su habitual flexibilidad, pudo hacer el potente exorcismo, y al momento una llama azulada consumió la corona de hojas de la hada y su vestidura cayó en el suelo como metal derretido. No viendo ya á nadie *Mitrófanes*, recobraron la fuerza sus piernas y corrió á casa del *bourmistre* á quien contó la terrible aventura. Desde entonces *Mitrófanes* dá un largo rodeo para no pasar por el bosque y por nada en el mundo se aventuraria á salir cuando brilla mucho la luna.

Los *Barnabitzis* inspiran tambien el mayor espanto á los siervos; son los sitios donde ha muerto alguno por desgracia ó por crimen, y á donde va á vagar el espectro del difunto y á hacer las bromas mas pesadas á los transeuntes. Uno de los antepasados de Nazumoi murió estando de caza, y el paraje donde sucumbió ha pasado al estado de *Barnabitz*. Los aldeanos se apartan de allí cuando cae la noche, temerosos de encontrar el espectro del antiguo señor que se lanza sobre todos los lugareños y los apalea sin compasión. En medio del parque hay una fuente que por un privilegio especial no se hiela nunca ni aun en los inviernos mas rigurosos. Yo voy algunas veces, cuando el tiempo lo permite, á pasear por las orillas del manantial misterioso cuyo suave murmullo me place oír en medio de mis meditaciones.

—Tened cuidado, me decia ayer la pobre *Ouliana*, os advierto que habita en la fuente un *Vodianoi*, un espíritu de las aguas cuya voz es melodiosa y os atraerá al fondo del abismo con sus cantos.

Al hablar del *Roussalka* debiera haber mencionado á su hermano el *Bechie*, temible duende con cuerpo de cortezas de árbol y piés de raíces que extravia á los aldeanos y los atrae á lo mas recóndito de los bosques para devorarlos.

El príncipe *Nazumoi* dió ayer una comida á los nobles del contorno. Estaba convidado el pope de la aldea, y le hicieron sentar en un extremo de la mesa á donde le enviaban algunos restos cuando todos se habian hecho plato. A los postres el príncipe quiso divertirse embriagando á su pope; le llenaban un vaso tras otro, y obligaban al desgraciado á apurarlos sin dejarle casi tiempo para tomar aliento, de lo cual por otra parte no parecia muy disgustado. Despues de haberle hecho beber, le dijeron que cantase y por último le obligaron á bailar. El pobre hombre, despues de haber hecho durante un cuarto de hora los mas violentos saltos, gestos y contorsiones, se arrojó casi sin aliento y sudoroso en una silla, pero sendos puñetazos y puntapiés le advirtieron que debía continuar tan fatigoso ejercicio. Volvió á bailar el pope, con gran satisfaccion de todos los convidados que reian como locos, acompañando con un trago cada carcajada, hasta que vencida la victima por el cansancio, la embriaguez y el dolor, cayó sin sentido en el suelo; solo entonces le dejaron en paz. Lo mas asombroso es que ninguno de los que acababan de tratar de este modo á un sacerdote se hubiera sentado á la mesa sin haber hecho su oración. He presenciado este hecho, no tan solo en la comida de ayer en el castillo del príncipe, sino tambien en su palacio de *Moscou*, donde ví generales con uniforme de gala hacer la señal de la cruz y recitar devotamente su *Benedicite* antes de probar el primer bocado.

El estado de abyeccion en que se hallan los popes no obsta para que dejen de ejercer la mayor influencia sobre los siervos, y de ser muy buscados para maridos, porque nadie ignora que los popes se casan.

Hallábame esta mañana en la habitacion de la princesa cuando entró una hermosa jóven que es una de sus camareras favoritas, y se arrodilló delante del divan sobre el cual estaba recostada su señora.

—¿Qué tienes, *Avdea*? le preguntó la princesa.

—Barina, vengo á pedir un favor.

—¿Cuál?

—Permitidme que me case.

—¿Quieres casarte, *Avdea*? Apostaria que es con el ayuda de cámara del príncipe; he advertido que de algun tiempo á esta parte te galantea.

—No, barina, no es con él.

—Pues ¿con quién? ¿no podremos saberlo?

—Con *Ileoutcha*.

—¿El pope?

—El mismo, barina.

—¿Pero si es tan feo que dá miedo?

—Ya lo sé, barina.

—Gloton y borracho.

—No me importa.

—Te maltratará.

—¡Oh! no lo creais, barina: *Ileoutcha* sabe

muy bien que si yo llegara á morir no podria volver á casarse y se veria obligado á retirarse á un convento. Los popes tienen sobrado interés en cuidar á su mujer para que sean malos maridos.

—No importa; no quiero privarme de tus servicios. Te casarás con el ayuda de cámara. Vete!

La pobre *Avdea* se retiró con el corazon angustiado y sin decir una palabra.

Algunas horas despues, habiendo incurrido la camarera favorita en una leve falta del servicio, la princesa ha mandado que la castigasen con seis latigazos, y ha dado la órden con una insensibilidad que me ha repugnado. Y sin embargo, la princesa no es mala, pero la esclavitud corrompe á los mismos amos. La dueña de *Avdea* no podia perdonar á su esclava el haber concebido la idea de abandonarla.

Los aldeanos de las haciendas del príncipe *Nazumoi* reciben un trato benigno, pero no sucede lo mismo en todas partes, de lo cual me convencí ayer noche.

El guarda nocturno dió doce golpes sobre su placa de madera al recorrer el *slobode* ó calle mayor de la aldea; no se oian mas que los ladridos lejanos de los perros de presa y los relinchos de las yeguas encerradas al raso, é iba á dormirme cuando de pronto resonó el precipitado galopar de un caballo en la calle y un momento despues en el patio. Todo el castillo se puso al poco rato en movimiento, y oí la voz del príncipe que estaba dando órdenes á los criados. Me levanté, y me dijeron que se habian alzado en abierta rebelion los aldeanos de la hacienda inmediata. El *staroste* acababa de traer la noticia y habia podido huir para venir á pedir auxilio. Decia que se diesen prisa ó no se llegaria ya á tiempo; que el señor estaba en poder de sus siervos, los cuales le amenazaban con la muerte, y que en el momento de su fuga hablaban de prender fuego al castillo. El príncipe *Nazumoi*, revestido de un poder superior en la provincia y gozando de cierta influencia entre los aldeanos, era el único capaz de impedir que los rebeldes se entregasen á los mayores excesos.

Voy á explicar la causa de la insurreccion.

Los señores rusos encargan por lo comun la administracion de sus dominios á un empleado que llaman *bourmestre*, tirano subalterno del que dependen la vida y la fortuna de los habitantes. El señor no ve mas que por los ojos de su *bourmestre*; este dá á su antojo los castigos y las recompensas, y en vano trataria nadie de quejarse, pues prevenido el señor de antemano, cierra el oido á todas las reclamaciones. El verdadero dueño del dominio es el *bourmestre*; él señala la cantidad que han de pagar los aldeanos, designa los individuos para los alistamientos militares, recoge los frutos, y es al mismo tiempo el único juez, banquero y mercader del país. El *bourmestre* del propietario vecino nuestro es por sus injusticias y exacciones constantemente impunes el tipo de esta clase de empleados aborrecidos. Ayer mismo, llevado de un bajo impulso de odio y venganza, designó para el servicio, en lugar de un individuo que habia comprado su proteccion con dinero, al hijo menor de un anciano que tiene ya dos en el ejército. El desventurado padre, acompañado de otros dos ancianos elegidos por sus conciudadanos, se presentó delante del señor para reclamar contra el *bourmestre*. La contestacion fué mandar que los azotasen: los lamentos de estos desgraciados, que se oian desde toda la aldea, exasperaron á aquella pobre gente, y lanzándose la multitud á la casa del *bourmestre*, se apoderaron de él en el momento que se sentaba á la mesa. Le llevaron á la plaza pública delante de la iglesia, le quitaron su *armiak*, y le dejaron vertiendo sangre despues de haberle impuesto el mismo suplicio que á los tres ancianos. Acabada la ejecucion, se dirigieron al castillo, y despues de prender á su señor, en el instante de salir el *staroste* estaban deliberando sobre su suerte. El príncipe *Nazumoi* acaba de salir felizmente al frente de una partida de tropa numerosa y bien armada.

Supimos al dia siguiente que habia llegado á tiempo para salvar al señor de la muerte, pero no el castillo de las llamas. El castillo se reedificará, veinte aldeanos irán á la Siberia,

el señor tomará otro *bourmestre*, y no se hablará mas del suceso hasta la próxima rebelion. Hé aquí lo que es la Rusia.

Forma parte de los dominios del príncipe *Nazumoi* una aldea habitada únicamente por los *raskolnikis* ó *staroi-verski* (cristianos viejos), y tengo deseo de ver una aldea que se distingue esencialmente de todas las demás por las costumbres de sus habitantes. Los *raskolnikis* constituyen una de las sectas mas antiguas del imperio; su origen se remonta al siglo *xv*, segun me ha dicho el príncipe, tan competente en materia de arqueología nacional; los *raskolnikis* pretenden seguir escrupulosamente los preceptos del Evangelio, lo cual no les impide el dar una exagerada importancia á nimiedades por las cuales han padecido en tiempos de persecucion los mas crueles tormentos. Los sacerdotes *raskolnikis* consideran como un pecado enorme el pronunciar dos veces la palabra *alebuya* y dar la bendicion si no es con el índice y el dedo anular. Su grande apóstol, llamado *Toma*, condenado á tener la mano sobre un brasero encendido hasta que fuera consumida, y á perecer despues en el fuego, padeció este doble suplicio sin exhalar una queja. No pudiendo dominarlos por medio de la fuerza, *Pedro I* les mandó que llevasen un pedazo de tela de color amarillo cosido sobre su *armiak*, que los expusiera continuamente á la mofa de la multitud. El ridículo produjo el mismo efecto que la fuerza, y por último el emperador se vió precisado á dejarlos en paz. A pesar de la autoridad absoluta de que está revestido el gobierno en materias religiosas, ó sin duda por este mismo motivo, la Rusia es quizá el país en donde se cuenta mayor número de sectas disidentes. El *czar*, que es al mismo tiempo el papa, no ataca sino con extrema precaucion á estas sectas, temeroso de producir una explosion de fanatismo religioso, que es la mas difícil de combatir. El pope de la aldea *raskolniki* se distingue por su sobriedad y aseo; su larga túnica parda abotonada hasta el cuello, la capa de anchos pliegues y mangas colgantes que la cubre, su gorro de terciopelo encarnado rodeado de pieles y su cabellera y su barba peinadas con esmero forman un contraste completo con el traje harapiento, los cabellos despeinados y la barba erizada de nuestro pope, el pobre *Ileoutcha*, que yace en una miseria profunda y á quien todo el mundo desprecia. En tanto que su colega el *raskolniki* se mantiene con decencia sin trabajar con una especie de diezmo que le pagan sus feligreses, *Ileoutcha* solo cuenta para su subsistencia con el producto de un pequeño campo que ha de cultivar con sus propias manos, y no tiene mas regalos que lo que come algunas veces en la mesa del señor á costa de humillaciones y el vaso de aguardiente que se le dá en el oficio en compañía de los mas ínfimos lacayos. ¡Pobre *Ileoutcha*! yo soy la única que le acompaño en el castillo, de modo que todos los dias me acecha cuando salgo y se me aproxima tendiéndome una mano tímida en la que nunca dejo de depositar algunos *coppeks*.

El clero ruso se divide en dos categorías: el negro y el blanco. De la primera salen los altos dignatarios de la Iglesia, y su nombre procede del velo negro que cubre su sombrero sin alas. El clero blanco se compone enteramente de popes que sin duda alguna forman con los soldados la clase mas desgraciada del imperio. El sueldo que el Estado pasa á cada pope escasamente asciende por término medio á mas de cuarenta francos, y con esta cantidad están obligados á subsistir ellos y su familia, porque la Iglesia impone el matrimonio al pope. El sacerdote ruso, tan ignorante y tan grosero como el siervo, y tan desgraciado como él, goza de dos privilegios: está exento de los castigos corporales y sus hijos exceptuados del servicio militar, pero cuando se quiere azotar á un pope, queda siempre el recurso de degradarle antes del sacerdocio, y los hijos del pope han ido todos á la guerra actual, exceptuándose á duras penas los mismos padres. Ha sido degradado pocos dias hace un pope de la vecindad y destinado á un regimiento del Cáucaso. Ignoro la falta que



Es el santo de mi vecino, me respondió, se lo he alquilado. (Pág. 152, col. 1).

había cometido el pobre hombre, pero ayer al príncipe Nazimoi que amenazaba á lleoutcha con el mismo castigo.

Un santo sínodo, presidido por un general, arregla todas las cuestiones de disciplina religiosa y de dogma bajo la sancion del autócrata-papa. El emperador crea los santos por medio de ukases. En el calendario ruso sucede lo mismo que en la sociedad, hay un *tschinn* ó escala, y se ven en él santos de primera, de segunda y de tercera clase, sucediendo con frecuencia que los santos son promovidos de una clase á otra, y descienden igualmente un grado en la escala de la gerarquía: esto depende de un capricho del czar. A pesar de su origen y su condicion precaria, es incomparable la veneracion que los rusos profesan á sus santos; todos los aldeanos llevan en el país donde actualmente vivimos un santo en el bolsillo, y los veo muchas veces que se paran en el campo, sacan la reliquia y la besan devotamente.

—¿Qué llevais con tanta precaucion en ese envoltorio? pregunté cierto dia á un aldeano anciano que iba á mi lado por el camino del slobode.

—Es el santo de mi vecino Dmitrich que es tan afortunado en todas sus empresas, me respondió; se lo he alquilado por cinco rublos y espero que me atraerá como á él la felicidad.

En otra ocasion, una pobre mujer se lamentaba en la puerta de su *isba*: tenia á su hijo enfermo de peligro, y el pope se negaba á llevar á su casa un san Andrés, que, segun decia la desconsolada madre, curaria indudablemente al moribundo; pero desgraciadamente no tenia mas que la mitad de la suma que el pope exigia por el préstamo del santo.

(Se continuará.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

244. ¿Por qué se tuesta un pedazo de papel poniéndolo tres ó cuatro pulgadas encima de la llama de una vela?

Porque el aire caliente y el gas producido por la combustion de la vela asciende rápidamente.

245. ¿Por qué un pedazo de papel colocado una pulgada debajo de la llama de una vela apenas se calienta?

Porque el calor asciende; y solamente una parte muy pequeña cae sobre el papel y aun ésta por radiacion.

246. ¿Por qué la parte inferior de la llama de una vela (D) arde con un color azul?

Porque el hidrógeno del sebo, teniendo una afinidad mas fuerte con el oxígeno del aire que el carbono, se inflama primero. El hidrógeno puro arde con una llama azulada.

247. ¿Por qué el centro de la llama (C) parece oscuro?

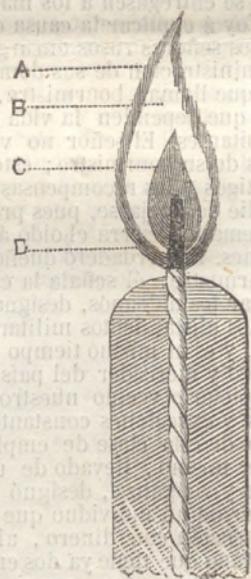
Porque está ocupado por vapores gaseosos, procedentes del sebo, que no se han inflamado todavía.

248. ¿Por qué la parte superior de la llama (B) produce una luz brillante amarillenta?

Porque ésta es la parte de la llama en que se combinan el hidrógeno de la vela y el oxígeno del aire y hay la suficiente cantidad de carbono mezclada con el hidrógeno para perfeccionar su fuerza iluminadora.

249. ¿Por qué hay un borde de luz pálida (A) alrededor de la parte superior de la llama?

Porque una parte del carbono se escapa en



estado de *incandescencia*, y tan pronto como alcanza el aire se combina con el oxígeno, formando así *gas ácido carbónico*.

(Si cualquier cuerpo oscuro, tal como la hoja de un cuchillo, se coloca de manera que esté entre el ojo y la llama de la vela á fin de tapan la luz en la parte mas luminosa, el borde pálido del rededor de la llama se verá distintamente. *Incandescencia* significa *calentado hasta la blancura*.)

250. ¿Por qué la llama termina en punta?

Porque el aire que se precipita sobre ella en todas direcciones la lleva hácia arriba. En el punto donde termina la llama las corrientes frias han reducido la temperatura á un grado en que la combustion no puede sostenerse mas.

251. ¿Por qué si se acerca algun objeto sobre la llama ésta se prolonga?

Porque, impidiendo que el aire calentado se escape rápidamente se mantiene la temperatura en un estado que *aumenta la combustion* en la punta de la llama.

252. ¿Por qué es bueno que cuando á una persona se le prende fuego en el vestido se eche en el suelo?

Porque la llama se extiende mas rápidamente cuando su direccion es hácia arriba.

253. ¿Por qué cuando arde el vestido de una persona debe revolcarse por el suelo despues de haberse echado?

Porque de esta manera *se ahoga* el fuego que tiene debajo.

254. ¿Por qué una llama ó una chispa de fuego se apagan oprimiéndolas?

Porque se priva su contacto con el oxígeno del aire.

(Los apagadores apagan la llama de la vela de la misma manera. Una persona muere «ahogada» por la falta de oxígeno, lo cual es literalmente hablando «ahogar» un fuego.)

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.